

CHILE EN RUTA AL CAPITALISMO.

Cambio, euforia y depresión

1850-1880

Luis Ortega Martínez



ÍNDICE

Siglas y abreviaturas	13
Prefacio	17
Introducción	25

LOS AÑOS FUNDACIONALES 1817- CIRCA1850

<i>Un lento y difícil cominezo</i>	41
<i>El imperio de la tradición</i>	43
<i>Génesis de una política comercial de largo aliento y el primer auge de Valparaíso</i>	49
<i>El sector externo como factor dinamizador de una "economía de antiguo régimen"</i>	61
<i>El mercado y la actividad comercial hacia fines de la década de 1840</i>	67
<i>El mundo de la tradición</i>	77
<i>Las actividades productivas tradicionales</i>	83

EL COMIENZO DE UNA LARGA TRANSICIÓN, 1850-1875

<i>Todo comenzó en Santiago y Valparaíso</i>	93
<i>El escenario humano, institucional y económico para la transformación</i>	98
<i>La cuestión empresarial</i>	118
<i>La población: crecimiento y concentración</i>	131
<i>Las ciudades</i>	140
<i>El campo</i>	166

<i>El cobre</i>	183
Tradición y crecimiento	183
Demanda y expansión productiva	186
La minería	192
El ocaso	196
<i>El carbón</i>	203
Orígenes	203
El despegue	213
La minería	224
Crisis y ajuste	226
Apéndice estadístico y documental	231

LA INDUSTRIA MANUFACTURERA

<i>Las visiones</i>	245
<i>Evidencia secundaria</i>	252
<i>Dimensiones</i>	256
<i>Las fábricas</i>	259
Rubro alimentos	259
Rubro bebidas	266
Rubro tabacos	268
Rubro textiles	268
Rubro confecciones y calzado	277
Rubro maderas y muebles	278
Rubro papel e imprentas	280
Rubro productos del cuero y la goma	283
Rubro productos químicos	284
Rubro productos de minerales no metálicos	286
Rubro productos metálicos y material de transporte	287
<i>¿Una industrialización fracasada?</i>	306
<i>Los industriales y los obreros en acción</i>	315
<i>La protesta</i>	317
<i>La organización</i>	320
<i>El desenlace</i>	324
<i>Apéndice estadístico y documental</i>	326

<i>La política comercial</i>	349
<i>El diseño de una política de crecimiento y la política económica entre 1817 y 1860</i>	357
<i>1860-1879. Nuevos problemas, ¿nuevas políticas?</i>	365
<i>La modernización y la bancarrota del fisco</i>	381
<i>Apéndice</i>	396

UNA COYUNTURA DIFÍCIL,
1875-1879

<i>La crisis</i>	403
<i>Chile y la economía internacional a mediados de la década de 1870</i>	405
<i>El año decisivo</i>	421
<i>Epílogo</i>	428
<i>Apéndice</i>	467

CONCLUSIÓN 469

<i>Fuentes y bibliografía</i>	475
-------------------------------	-----

SIGLAS Y ABREVIATURAS

<i>AE</i>	<i>Anuario Estadístico de la República de Chile</i>
AGA	Antony Gibbs & Sons
am	ante meridiano
AN	Archivo Nacional
<i>AUCh</i>	<i>Anales de la Universidad de Chile</i>
<i>BACHH</i>	<i>Boletín de la Academia Chilena de la Historia</i>
BPP	British Parliamentary Papers
<i>BSNA</i>	<i>Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura</i>
BW	Balfour, Williamson & Co. Ltd.
CD	Cámara de Diputados
CDSE	Cámara de Diputados Sesión Especial
CDSO	Cámara de Diputados Sesión Ordinaria
CEPAL	Comisión Económica para América Latina de las Naciones Unidas
cf. a veces	Cfr. confróntese
cm	centímetros
CS	Senado
DIBAM	Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
DICYT	Departamento de Investigaciones Científicas y Tecnológicas
<i>EA</i>	<i>El Araucano</i>
ed.	edición
eds.	editores
f.	foja
FO	Foreign Office
FOB	Free on Board
FO16	Foreign Office. Consular Reports and Correspondence, Chile.
FONDECYT	Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica
fs.	fojas
ha	hectárea

<i>HAHR</i>	<i>Hispanic American Historical Review</i>
HP	horse power (caballo de fuerza)
hrs.	horas
kg	kilo
<i>JLAS</i>	<i>Journal of Latin American Studies</i>
lts	litros
m	metro
MDML	Memoria del Director de la Maestranza Limache
<i>MG</i>	Memoria del Ministerio de Guerra
<i>MH</i>	Memoria del Ministerio de Hacienda
<i>MI</i>	Memoria del Ministerio del Interior
<i>MJCIP</i>	Memoria del Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública
<i>MINREX</i>	Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores
MIS	Memoria del Intendente de Santiago
MIV	Memoria del Intendente de Valparaíso
<i>Mr.</i>	<i>Mister</i>
MS.	manuscrito
n.	nota
<i>NH</i>	<i>Nueva Historia</i>
NIC	New Industrialized Country
OECD	Organisation for Economic Cooperation and Development
p.	página
PIB	Producto Interno Bruto
pp.	páginas
PSNC	Pacific Steam Navigation Company
QCJP	Quinto Censo General de Población, 1875
Qm	quintales métricos
<i>RChHG</i>	<i>Revista Chilena de Historia y Geografía</i>
SE	Sesión Especial
<i>seq.</i>	siguientes
seud.	seudónimo
s/f	sin fecha
SM	Su Majestad
SNA	Sociedad Nacional de Agricultura
SO	Sesión Ordinaria
SOFOFA	Sociedad de Fomento Fabril
tons.	toneladas
U.K.	United Kingdom

vol.	volumen
vols.	volúmenes
VV.AA.	Varios autores
VWCM	<i>The Valparaíso and West Coast Mail</i>

PREFACIO

La historia de este libro es muy larga. Sus orígenes se remontan a los años 1970-1971, cuando cursaba la carrera de Historia y Geografía del área de humanidades de la sede de Valparaíso de la Universidad de Chile e iniciaba mi carrera académica en esa institución en calidad de ayudante meritante. Hoy ni existe tal sede ni me desempeño como académico de esa universidad. Después de un largo derrotero, mi hogar académico es el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile, y mi formación la debo fundamentalmente a la University of London, especialmente a quienes fueron mis profesores en el Institute of Latin American Studies.

Por aquellos años de gran efervescencia sociopolítica en Chile, mis profesores me iniciaron en el estudio del pasado económico del país. Debo a Leopoldo Benavides y a María Eugenia Horvitz el haber fijado mi atención en el inicio del proceso de transición al capitalismo en el país a mediados del siglo XIX. Ésa ha sido, en general, la temática de mi investigación durante los últimos veinticinco años. Mi tesis doctoral, fruto de mis años de exilio y estudio en Gran Bretaña, fue mi primer intento por entender aquel proceso. Hoy, a más de veinte años de haber terminado ese texto, he vuelto a él para saldar cuentas con mis primeros pasos historiográficos. Pero naturalmente ni los supuestos son los mismos ni las conclusiones son semejantes a las propuestas en 1979.

Comencé a fijar mi atención en el período 1850-1879, por allá por 1971, cuando en el país se hablaba de transición al socialismo, en el contexto de la noble experiencia de cambio social del gobierno del presidente Salvador Allende. Pero la investigación que condujo a mi tesis la debí realizar en Londres durante mi exilio, entre 1975 y 1978. Debido a mi imposibilidad de viajar a Chile durante esos años, las diversas bibliotecas de la University of London, el Public Record Office y, fundamentalmente, las diferentes divisiones de la British Library y la Guildhall Library fueron los centros de mi búsqueda de antecedentes. En Chile, conté con la improvisada, pero eficiente, asistencia de mi padre, Luis Ortega Santander, quien después de cuarenta y seis años de trabajo en asuntos aduaneros, se convirtió en un idóneo asistente de investigación. Defendí mi tesis en noviembre de 1979, y salvo la elaboración de algunos artículos a partir de ella, la dejé hasta llegar a Storrs, Connecticut, en agosto de 1992.

Este libro es un subproducto de esa tesis, en una versión revisada y modificada. Mi decisión de publicarlo se debe a mi apreciación de que, en camino hacia nuestro bicentenario como nación independiente, los chilenos vivimos

una nueva etapa de ansiedad, expectación y confusión, la que requiere de una mirada al pasado, para así, entender en alguna medida nuestro presente y encaminarnos a nuestro futuro, evitando nuevas situaciones lamentables. Y es que, una vez más, gran parte de la población vive en el convencimiento de que por fin, en los próximos años, el país superará los problemas del subdesarrollo y que pasará a formar parte del "primer mundo".

No es esta una situación nueva. En varias oportunidades, desde mediados del siglo XIX, se han experimentado episodios similares. Cada uno de ellos ha terminado en desilusión y, más aún, en la frustración no sólo del desarrollo económico-social sino, también, de esperanzas y, en algunos casos, en la pérdida de confianza en los líderes. Estas circunstancias, como ocurrió a fines de la década de 1870, han dejado huellas indelebles en la cultura nacional y, por lo tanto, deben ser estudiadas en profundidad.

Pero tal vez la circunstancia más importante que enmarca la publicación de esta obra, sea la de los cambios operados en el país en los últimos treinta años. Sobrepassando las más audaces especulaciones de mediados de la década de 1950, Chile experimentó cambios radicales en sus estructuras económica y social. El resultado, hasta cierto punto inesperado¹, es la implantación definitiva, a sangre y fuego entre 1973 y 1990, del modo y de las relaciones sociales de producción capitalistas.

Eso era lo que se esperaba en el cuarto de siglo 1850-1875 y no ocurrió. Las razones de ello y un recuento de algunos aspectos sociales y económicos de esa etapa, son el objeto de estudio de este libro. Pero éste no está limitado a una visión retrospectiva; trata, también, de encontrar, en el análisis de aquella coyuntura, elementos que contribuyan a entender los factores que han incidido en la creación de condiciones para que Chile sea lo que es hoy, completada la transición.

El libro está constituido por una introducción, seis partes y una conclusión. La introducción, junto con ser una presentación del objeto de la obra, contiene los principales planteamientos conceptuales que la sustentan.

La primera parte constituye un preámbulo al tratamiento de los cambios ocurridos en el país a partir de fines de la década de 1850. Como tal, es una revisión de la actividad comercial y productiva después de consolidadas la Independencia y la organización política, así como de las características de la vida urbana y de la calidad del mercado interno. En otras palabras, es una aproximación a la "economía de antiguo régimen" o "tradicional", a la herencia colonial que constituyó la base de la expansión experimentada entre 1850 y 1875.

La segunda parte trata del impacto de la economía del Atlántico Norte a partir de 1850. Como tal, comprende una revisión de las principales variables

¹ Uno de los títulos más acertados con relación a este tema es el del libro de Oscar Muñoz, *Los inesperados caminos de la modernización económica*.

macroeconómicas sobre las cuales se dispone de información y, a la vez, contiene un análisis de las transformaciones en la vida urbana en la perspectiva del desarrollo del mercado interno. Comprende también una somera revisión acerca de la situación del agro en el valle central.

La tercera parte se establece un contrapunto entre tradición (precapitalismo) y modernidad (modo y relaciones capitalistas de producción) en un sector de la economía: la minería. A través del análisis de la evolución de la minería del cobre y de la del carbón, se enfatizan las contradicciones en los sectores productivos y las repercusiones de ello en el desarrollo general del país².

La cuarta parte analiza los primeros pasos de la producción industrial en el país. Comprende una revisión de las precondiciones, características sectoriales, de las unidades productivas y de los problemas de diverso orden que enfrentó ese proceso; política económica, mercado, tecnología, provisión de fuerza de trabajo y financieros. En 1981, publiqué un trabajo sobre este tema³ y si bien la base empírica es casi idéntica, las proposiciones que de ella se derivan han variado fundamentalmente.

La quinta parte es un análisis de la economía política del período y también constituye un intento por entender la formulación de la política económica y su repercusión sobre el funcionamiento general de la economía⁴. Es, además, una discusión sobre la importancia relativa de este factor, al cual los historiadores tal vez hemos otorgado mayor importancia que la que realmente tuvo sobre el crecimiento económico.

La sexta parte comprende un recuento, análisis y discusión acerca de los orígenes, características y desenlace de la crisis de la segunda mitad de la década de 1870⁵. La profundidad y extensión de ésta no sólo puso fin a un período de crecimiento económico notable, sino que alteró las bases mismas de funcionamiento de la economía y, en algún momento, parece haber puesto en jaque los arreglos sociopolíticos forjados desde la década de 1830. De allí la importancia de su estudio. Es en ese tipo de situaciones que es posible conocer a los países en sus más reales dimensiones.

En algunos pasajes he recurrido al texto de la novela *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana, que sabemos se trata de ficción. Pero dado su género costumbrista, el retrato que ella brinda de la sociedad chilena de mediados del siglo XIX, es un complemento ideal para las fuentes más "áridas" con que se

² La sección referida al carbón incorpora dos trabajos: Luis Ortega, "The first four decades of the Chilean coal mining industry, 1840-1879"; Luis Ortega, "La industria del carbón de Chile entre 1840 y 1880".

³ Luis Ortega, "Acerca de los orígenes de la industrialización chilena, 1860-1879".

⁴ En parte basado en mi capítulo "Economic policy and growth in Chile from Independence to the War of the Pacific".

⁵ Acerca del desenlace de ese episodio, en 1984 publiqué "Nitrates, Chilean entrepreneurs and the origins of the War of the Pacific"; existe una versión en castellano: "Los empresarios, la política y los orígenes de la Guerra del Pacífico".

construyó el libro. He intentado trasladar la mayor parte de la información estadística, y parte importante de la documental, a apéndices al final de cada capítulo, de manera de facilitar la lectura. Con la finalidad de hacer más comprensible la lectura de los valores monetarios que se expresan en el texto, todos ellos han sido convertidos de pesos a libras esterlinas de cada año. En cuanto a la ortografía gráfica de las citas de las fuentes manuscritas e impresas, las he actualizado, preservando la puntuación original.

Debo, finalmente, dar cuenta de las deudas contraídas en el proceso de elaboración de este libro. Como su historia, también se prolongan en el tiempo, son numerosas y de variado tipo.

Las primeras las contraí con algunos de mis profesores de la Universidad de Chile, en mis años de estudiante de pedagogía en Historia y Geografía; especialmente con Leopoldo Benavides, Mario Góngora, María Eugenia Horvitz y los entonces ayudantes Itamar Olivares, Jorge Pinto, Francisco Rojas y Luis Sanguinetti. A los primeros no sólo debo un bagaje fundamental de conocimientos sino, además, sus consejos, sugerencias y guía en los primeros e inciertos pasos de mi vida académica. A los cuatro siguientes, disciplina de estudio, algunos “secretos” del oficio, una buena dosis de entusiasmo y con tres de ellos vínculos de amistad que se prolongan hasta hoy. Mi recuerdo especial para Luis, trágica y absurdamente muerto en la “improvisada prisión” del mercante *Lebu*, de la Compañía Sud Americana de Vapores en septiembre de 1973.

No puedo dejar de mencionar, de aquellos años, a compañeros de estudio e intensa actividad política –y hoy amigos por ya más de un cuarto de siglo–, los que me asistieron con sus conocimientos, experiencias, libros y apoyo moral; especialmente a Patricio Cerda y Sergio Rojas.

María Eugenia Hola, del Programa CLACSO en Santiago en 1974, no sólo me asistió en mi salida del país sino, también, me alentó a seguir adelante. Mi padre fue un tardío, pero idóneo, ayudante de investigación entre 1975 y 1985. En gran medida el apoyo material de mi hermano, Patricio Ortega Martínez, me permitió sobrevivir dignamente en Chile hasta mi partida y durante mis primeros días de residencia en Gran Bretaña.

En ese país fui beneficiario de una beca del World University Service (U.K.), la que me permitió completar mis estudios formales. Mi amiga Daphne S. May requiere de una mención especial; fue ella quien me ayudó a organizar mi vida londinense, me enseñó a desentrañar los misterios de la cultura inglesa y me inició en el aprendizaje de su idioma. Lo mismo se aplica a Bob Searchfield, mi vecino y amigo del municipio de Lewisham, en el SE 13 de Londres.

En la University of London tengo deudas intelectuales y personales extensas. Las de orden intelectual comprenden tantas personas, que sería demasiado extenso mencionarlas a todas; desde ya pido excusas por las omisiones. John Lynch, el difunto Harold Blakemore, David Rock, Leslie Bethell y Colin Lewis contribuyeron decisivamente a mi formación en diferentes grados. Los tres

primeros fueron supervisores de mis estudios de doctorado; además me distinguieron con su amistad personal y me ayudaron en diversas formas a desarrollar mi vocación académica. También, lo hicieron y me asistieron en mi investigación, funcionarios del Institute of Latin American Studies; muy especialmente Hazel B. Aitken (née Leake), Esperanza García, Kenneth Howard, Carole Travis y Alexander Smith.

A mi difunto amigo Simon Collier debo, desde referencias bibliográficas, comentarios a mis escritos y consejos, hasta palabras de estímulo constantes desde la década de 1970. Lamento no haber publicado este libro antes de su muerte; sé que le hubiese entusiasmado.

Entre mis compañeros de estudio, debo mencionar especialmente a mis amigos Hilda Sabato (quien sin saber que algún día nos encontraríamos, representó un papel clave en abrirme futuro en la época más negra de la dictadura de Pinochet), Andrew Barnard y Leonardo León. No sólo tuvieron la paciencia para escuchar y comentar mis trabajos; también compartieron largas horas de inquietud intelectual, alegría, nostalgia y esperanza.

También, tengo que agradecer a quienes han sido mis alumnos y a algunos a quienes he supervisado su trabajo de tesis en el programa de maestría en Historia de la Universidad de Santiago de Chile, desde el año 1985, y durante el primer semestre de 1993 en la University of Connecticut. Sus preguntas, dudas, aportes e inquietudes contribuyeron en forma significativa al planteamiento de los problemas que trato en este libro.

Gracias al Tinker-Lampadia Fellowship Program residí por casi un año en Storrs, Connecticut, en donde junto con los recursos de la University of Connecticut me beneficié de mis conversaciones con y de la “asistencia técnica” de mi amigo el Dr. Gastón Hernández. En el Center for Latin American and Caribbean Studies, Jo Barstow y Elizabeth Mahan me asistieron y contribuyeron con gran sentido de camaradería y humor, a una fructífera y grata estadía durante la cual, “liberado” de obligaciones administrativas, comencé la redacción final del libro.

Mis agradecimientos son también para mis ayudantes de investigación en diferentes etapas, y para Hernán Venegas por haber aceptado el riesgo de colaborar conmigo en proyectos de investigación. Mis alumnos Jocelyn Reinoso Hernández y Diego Canales me asistieron en diversas formas al final de la elaboración del texto. Daniela Smith y Pablo Rubio revisaron las pruebas de imprenta con particular dedicación y efectividad.

Parte de la investigación ha sido posible gracias a dos proyectos de investigación (0396520M y 0302520M) patrocinados y financiados por el DICYT de la Universidad de Santiago de Chile y por los proyectos 90-758 y 1950296 de FONDECYT.

Mis agradecimientos para Diana Veneros, por haberse encargado de los arreglos logísticos, de mi cuidado en las últimas semanas de trabajo en el libro, por incentivar me constantemente a terminar y por corregir mi muy

imperfecto castellano, producto de algo más de diez años de residencia en Gran Bretaña.

Es habitual que, junto con reconocer aportes de amigos y colegas, los autores declaren que la responsabilidad respecto de las afirmaciones contenidas en el libro corresponden sólo a ellos. En este caso, y en atención a mis convicciones políticas, quisiera hacer responsables colectivamente de lo que esta obra propone a todos los anteriormente nombrados, y también a aquéllos a quienes involuntariamente he omitido. Mis deudas intelectuales me hacen pensar que, de no haber sido por esas contribuciones tan diversas, este libro sería de un tenor muy diferente.

En los días en que terminaba el manuscrito, mi corazón decidió cobrarme una vieja cuenta y fui a dar a la clínica Santa María, de Santiago. En otras palabras, al hospital, sitio en el que al decir de Eric J. Hobsbawm, la cama es el lugar "insuperable, la localización por antonomasia de la víctima cautiva" para pensar en su quehacer, y en lo no hecho⁶. Allí la atención y profesionalismo del médico Rafael Rubio, las enfermeras Antonella Bronda, Claudia Camilla, Lorena Castro y de las auxiliares Pamela Contreras, Kalinka Orrego, Nelly Quinteros y Joanna Zúñiga no sólo me liberaron de una coyuntura particularmente compleja, sino que algunas de ellas contribuyeron a hacer más llevadera una experiencia para la cual sólo me es útil la palabra inglesa *bewildering* al momento de tener que describirla. A todos ellos, les estoy profundamente agradecido por razones que no me parece necesario detallar.

Este trabajo se ha demorado en ser publicado, y ello requiere de una explicación. En realidad, hay varias; en primer lugar, nunca sentí urgencia alguna por terminarlo. En segundo, pues a lo largo de estos años siempre sentí que terminarlo era, de alguna manera, cortar vínculos con mi pasado, en particular con mis años londinenses. Y, por último, porque al igual que a mi país, las depresiones me han jugado varias malas pasadas.

Santiago de Chile,
febrero de 2004

⁶ Eric J. Hobsbawm, *Interesting Times. A Twentieth-Century Life*, p. 412. En realidad, la estancia en el hospital es más compleja que aquella en la cárcel.

El desarrollo del comercio y del capital comercial hace que la producción se vaya orientando en todas partes hacia el valor de cambio, que aumente el volumen de aquella, que la producción se multiplique y adquiera un carácter cosmopolita; desarrolla el dinero hasta convertirlo en dinero universal. Por consiguiente, el comercio ejerce en todas partes una influencia, más o menos disolvente, sobre las organizaciones anteriores de la producción, las cuales se orientaban primordialmente, en sus diversas formas, hacia el valor de uso. Pero la medida en que logre disolver el antiguo régimen de producción, dependerá primeramente de su solidez y de su estructura interior. Y el sentido hacia el que este proceso de disolución se encamine, es decir, los nuevos modos de producción que vengan a ocupar el lugar de los antiguos, no dependen del comercio mismo, sino del carácter que tuviese el régimen antiguo de producción⁷.

⁷ Karl Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, vol. III, pp. 320-321.

INTRODUCCIÓN

A fines de la década de 1840, los líderes del sector social que accedió al poder en 1829 habían completado el diseño político que les permitió consolidar su proyecto institucional, al punto que, en los veinticinco años siguientes, fueron capaces de sortear con éxito, aunque no sin dificultades, dos guerras civiles y de ampliar notablemente las bases sociales de su poder. A pesar de los graves conflictos de 1851 y 1859, y de la creciente intensidad de la competencia política, es posible plantear que al iniciarse la segunda mitad del siglo estaban establecidas las bases de los dos pilares –orden y progreso–⁸ sobre los cuales se construyó el sistema político que rigió hasta 1925. Tal construcción fue llevada a cabo por un grupo social pequeño, aglutinado en torno a algunos consensos básicos; una elite⁹, cuya fortaleza residió en su capacidad para agregar, paulatinamente, nuevos elementos a sus filas, y en la posesión de una visión de país que descansó sobre dos supuestos fundamentales: el primero, y más importante, el orden político-institucional que, en la década de 1860 terminó por consolidarse. El segundo, el desarrollo material del país¹⁰.

Consolidado el primero, los líderes de la república tuvieron mayor autonomía, tranquilidad y recursos para dedicarse al establecimiento de las bases del segundo pilar de su diseño: el progreso. En forma paulatina, pero inexorable, se fueron estableciendo los factores institucionales y legales que permitirían romper con “el peso de la noche” en el ámbito material, creándose las condiciones para que se incorporaran al país los elementos propios del nuevo

⁸ Simon Collier, “Conservatismo chileno 1830-1860. Temas e imágenes”, pp. 143-163.

⁹ “Entre algunos de los hechos y de las tendencias constantes en todo organismo político... hay una que inmediatamente salta a la vista. En todas las sociedades –desde las escasamente desarrolladas, que apenas han alcanzado los albores de la civilización, hasta las más avanzadas y poderosas– existen dos clases de personas: –una clase que gobierna y otra que es gobernada–. La primera clase, siempre la menos numerosa, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que el poder trae consigo; mientras que la segunda, la más numerosa, es dirigida y controlada por la primera, de forma más o menos legal, y más o menos arbitraria y violenta; esta clase le proporciona a la primera, al menos en apariencia, los medios materiales de subsistencia y los resortes de mediación que son esenciales para la vitalidad del organismo político”, en Gaetano Mosca, *The Ruling Class*, p. 50. Según esta perspectiva, la distribución del poder era pronunciadamente asimétrica y bimodal, y la minoría que estaba en el poder constituía una “clase gobernante”. En sus *Sociological Writings*, pp. 248-249, Wilfredo Pareto bautizó a este estrato dominante con el nombre que desde entonces se utiliza comúnmente: la elite gobernante. Citado en Peter H. Smith, *Los Laberintos del poder. El reclutamiento de las elites políticas en México, 1900-1971*, pp. 7-8.

¹⁰ Collier, “Conservatismo...”, *op. cit.*, p. 163.

mundo que emergía en los ámbitos del transporte, las comunicaciones y, con menos entusiasmo, en la producción de bienes. La década de 1840 exhibe entonces un panorama que combinó la promulgación de leyes –cuyo objetivo fue mejorar la administración del Estado en lo relacionado con la producción de bienes y servicios– con la llegada de los primeros vapores en 1840, y con los primeros pasos en la construcción de los ferrocarriles y telégrafos. En otras palabras, se anunciaban las características del futuro.

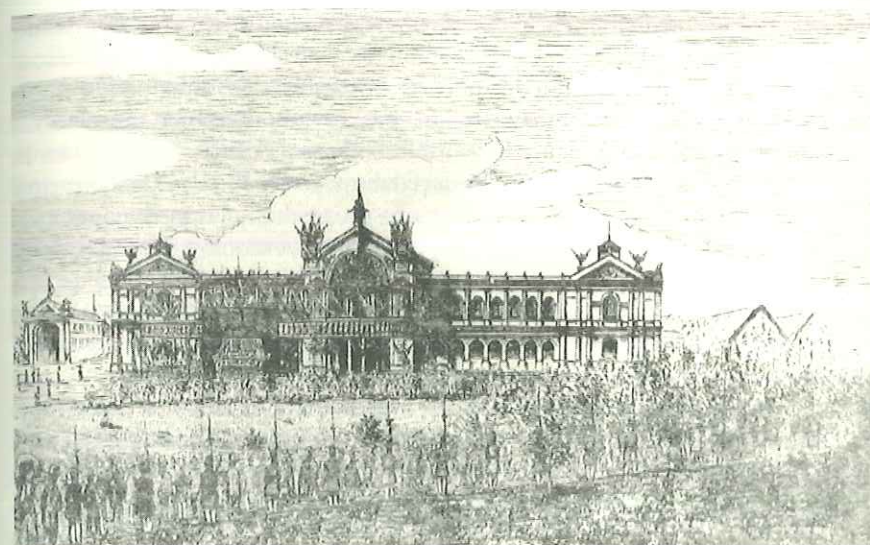
Pero también, la década tuvo que ver con la búsqueda de *modelos* y de recursos humanos para hacer realidad la visión de futuro de la elite. Los líderes chilenos comenzaron a mirar definitivamente a Europa. Como sus similares hispanoamericanas, la elite chilena quería “ser” europea¹¹. Europa y “lo europeo” eran ejemplos a seguir para alcanzar el progreso moral y material y dejar atrás la barbarie. Para ello, la clase dirigente no sólo incorporó tecnología, vapores, locomotoras, puentes metálicos y otros elementos característicos de la modernización económica¹² sino, además, se dio a la tarea de atraer a individuos de alta calificación para poner en marcha la Universidad de Chile, en 1842, y la Escuela de Artes y Oficios en 1849; instituciones de las que se esperaba hicieran contribuciones decisivas al “progreso” del país. Otros fueron contratados para desarrollar estudios sobre la fauna, la geología y los recursos naturales. El camino a Chile de intelectuales y científicos tan notables e influyentes en la vida nacional como: Andrés Bello, Rodulfo Philippi, Ignacio Domeyko, Claude Gay, Jules Jariez y Jean Gustave Courcelle-Seneuil, por nombrar a los más destacados, estuvo vinculado a esa aspiración.

En el seno de la elite, existía la convicción de que éstos eran los pasos adecuados para acercarse a sus objetivos más preciados: la forma de vida y cultura francesa, y el modo de elaborar bienes que emergían de la Europa que se industrializaba. Esto requería, a la vez, de la incorporación plena a las redes de la economía internacional y de la adopción de aquella forma de producción que, de manera inexorable, se había hecho dominante en Gran Bretaña desde el último cuarto del siglo XVIII.

En los ámbitos económico y social, en un sentido amplio, lo anterior demandaba transformaciones. Sin embargo, si la adopción de esos modelos había de ser plena, los cambios debían ser profundos. Se requería del desmantelamiento o la modificación profunda del orden vigente, caracterizado por el predominio de las relaciones personales semisalariales en la producción

¹¹ Respecto de la aspiración europeizante como fenómeno latinoamericano, Bradford Burns, *The Poverty of Progress. Latin America in the Nineteenth Century*, especialmente capítulo III.

¹² En este libro, la modernización implica la generalización de algunos rasgos de capitalismo desarrollado, en donde la sociedad es vista como autorregulada, y donde todas las fuerzas sociales están inscritas institucionalmente resolviéndose los problemas al interior del sistema político. Por su parte, en lo económico *moderno* implica la existencia de relaciones mercantiles *sin trabas* que impidan su desenvolvimiento.



Inauguración de la Exposición Internacional de 1875, *el correo de la Exposición*.

agropecuaria y minera, por la supremacía de la producción artesanal de bienes manufacturados, y el limitado desarrollo de los mercados de factores, del transporte y las comunicaciones.

El problema fundamental no residía, por cierto, en la aspiración al cambio –plausible en el largo plazo siempre y cuando se dieran algunos pasos necesarios–, sino en la necesidad de una voluntad social y política tendiente a modificar las características e instituciones que el país había heredado de España, de tal manera de vincularlo a las grandes tendencias de la evolución económica y social de los países de mayor desarrollo. Eso no sólo implicaba cambios culturales, productivos y tecnológicos. Se requería, también, de reformas sociales profundas, pues como lo demostraban las experiencias de los países que ya transitaban por esa senda, era en esa dimensión en que debían verificarse las transformaciones decisivas y de mayor repercusión. Si el sistema fabril, junto con la ciencia y la democracia, eran las fuerzas que desde los puntos de vista económico, intelectual y político caracterizaban la evolución de las sociedades en camino hacia la modernidad, un tránsito efectivo requería de cambios profundos en los sistemas de tenencia de la tierra, en las relaciones sociales de producción e, inevitablemente, en el manejo del poder político. Es que el enfrentar los desafíos planteados por la modernización capitalista demandaba no sólo cambios en los procesos productivos; requería también del cambio social, pues el sistema fabril había sido el resultado de un proceso que había originado el “nacimiento de clases sociales cuya mutua oposición llena la historia de nuestro tiempo”. Y ese sistema, junto con la ciencia y la democracia, constituían las “fuerzas que desde los puntos de vista económico, intelec-

tual y político controla[ban] la evolución de las sociedades modernas”¹³. Todo lo anterior debía culminar en una combinación de “desarrollo económico, comunicaciones y administración pública eficientes”; en otras palabras, en “modernización”¹⁴. Por lo tanto, se requería incursionar también por el camino de la transformación social, del cambio en la tenencia de la tierra y en la distribución del poder político. En otras palabras, se trataba de la instauración de un orden nuevo, en el cual los roles de la propiedad y las instituciones socio-políticas y económicas no jugarían, como hasta entonces, en favor de la preservación del *statu quo*, sino por el contrario, en la promoción y facilitación del cambio¹⁵.

Se trataba de comenzar la aventura del desarrollo económico y social entendido este como:

“El movimiento ascendente de la totalidad del sistema social... [que] incluye, junto con los así llamados factores económicos, todos los factores no económicos: todo tipo de consumo por parte de diferentes grupos; consumo provisto de manera colectiva, servicios de buen nivel en educación y salud; la distribución del poder en la sociedad, y de manera más general, estratificación social, política y económica. De manera amplia, instituciones y actitudes, a lo que se deben agregar un grupo de factores exógenos en la forma de decisiones políticas diseñadas para cambiar uno o varios de los factores endógenos”¹⁶.

En el período 1820-1875, tanto en los países del llamado “centro”, es decir, aquellos que ya habían iniciado su proceso de desarrollo, como en los de la atrasada “periferia”¹⁷, existió un acuerdo tácito –tanto en el seno de las elites como entre la mayoría de los intelectuales– de que los últimos se unirían a los primeros en un gran concierto de naciones económicamente avanzadas. Tan fuerte y difundida fue esa convicción que una vez que se percibieron los primeros signos de consolidación de la independencia de las antiguas colonias hispanoamericanas, los inversionistas británicos fijaron sus miradas

¹³ Paul Mantoux, *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century. An Outline of the Beginnings of the Modern Factory System in England*, p. 476 et seq.

¹⁴ Eric J. Hobsbawm, *Bandits*, p. 15.

¹⁵ Angus Maddison, *Phases of Capitalist Development*, p. 16. Para una formulación más extensa de esta perspectiva analítica, véase Julio Pinto y Luis Ortega, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado, 1850-1914*, capítulo 1.

¹⁶ Gunnar Myrdal, “What is Development?”, pp. 729-730. Aunque parezca una redundancia, en este libro no tiene lugar la visión de que “desarrollo” es sólo equivalente a aumento del producto interno bruto y nada más.

¹⁷ Ambos conceptos se emplean en el sentido dado a ellos por Osvaldo Sunkel y Pedro Paz en *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* y por W. Arthur Lewis, *Growth and Fluctuations 1870-1914*, *passim*.

y cuantiosos recursos en América Latina, sólo para enfrentar un fracaso espectacular¹⁸.

A pesar de los desilusionantes resultados de la experiencia latinoamericana temprana, la confianza en el futuro económico de los países periféricos se mantuvo y, a fines de la década de 1840, Karl Marx y Friederich Engels confirmaron la apreciación de que esas partes del mundo completarían su tránsito al capitalismo con la asistencia de la inevitable expansión de este mismo. En la medida en que se estructuraba un mercado mundial, el capitalismo, a través del rápido desarrollo de los medios de producción, de transporte y comunicación, atraería a “todas las naciones, aun a las más bárbaras, a la civilización”. Es más, los países de economías atrasadas serían compelidos al capitalismo, so pena de extinción, y con ello, la burguesía recrearía un mundo a su imagen y semejanza, a la vez que anticipaba así su futuro a los países que recién se adentraban por el desarrollo capitalista. Era la dimensión revolucionaria de un modo de producción que mostraba ya entonces una constante capacidad de cambio en lo tecnológico, en la organización del trabajo y en las relaciones sociales en general¹⁹.

Aun a fines de los años 1870, cuando los efectos de la depresión internacional que recién terminaba habían puesto en evidencia la debilidad y vulnerabilidad del crecimiento económico de aquellas zonas, el optimismo acerca de sus posibilidades de modernización era aun objeto de serias conjeturas²⁰.

Sin embargo, ya en la primera década del siglo xx era evidente que muchos de los países de la “periferia” no llegarían jamás a formar parte del concierto de las naciones desarrolladas. Más aún, por entonces, ya era evidente que muy pocos de aquellos que a mediados del siglo xix formaban parte del mundo de los más pobres habían logrado abandonar esa condición y eran ahora parte del grupo de países más avanzados. De otro lado, la brecha que se había abierto entre ambos grupos de países no sólo era importante, sino que tendía a ampliarse cada vez más.

Obviamente, los supuestos de mediados de siglo no se habían cumplido. Es más, los problemas económicos y sociales de la “periferia” tendían a aumentar y el estallido de la Primera Guerra Mundial no hizo sino complicar aun más este panorama. Algo había funcionado mal en la “periferia”, en América Latina y en Chile. De allí surgieron las preguntas que hasta hoy permanecen sin respuesta: ¿Qué fue lo que no “funcionó”? ¿En qué mecanismos se frustraron las esperanzas de “progreso” y “bienestar”?

¹⁸ Bill Albert, *South America and the World Economy from Independence to 1930*, p. 28, indica que el monto llegó a treinta millones de libras esterlinas; durante el mismo *boom*, las inversiones en Estados Unidos sumaron cinco millones de libras esterlinas; cf. D.C.M. Platt, *Finance, Trade, and Politics in British Foreign Policy 1815-1914*, p. 333.

¹⁹ Cfr. Karl Marx y Friederich Engels, *The Communist Manifesto*, pp. 83-84.

²⁰ Por ejemplo, Michael Mulhall, *The Progress of the World*, pp. 11-18, 23-32, 45-55, 67-95.

Los intentos de respuesta a éstas y otras preguntas han sido múltiples y no es del caso dar cuenta de cada uno de ellos. Es importante señalar sí que, hasta hace tan sólo un cuarto de siglo, ese debate y aquél acerca de las opciones de desarrollo era aun intenso. Sólo hoy parece estar cerrada la discusión acerca de las opciones futuras, más no así sobre el pasado.

En el marco de la definición de las trayectorias económicas sobre la base del desarrollo del capitalismo, el período 1848-1873 fue decisivo²¹. La mayoría de los países que hoy forman parte de la OECD iniciaron sus procesos de transformación, crecimiento y desarrollo durante esos veinticinco años. Con la excepción de la nación “pionera”, Gran Bretaña, en todos los demás países fue durante ese período en que se implementaron las transformaciones económicas, sociales y políticas que hicieron posible su desarrollo ulterior, que “liberaron” las fuerzas del capitalismo.

En todos ellos se tomó seriamente el desafío planteado por el proceso de industrialización en marcha en Europa noroccidental: industrializarse o desarrollarse a través de la exportación de recursos naturales a los países del centro²². Los ejemplos más señeros en este último sentido –aunque ciertamente no los únicos– fueron los de Japón y Suecia que, a mediados del siglo XIX, eran económicamente atrasados y exportadores de productos primarios. Ambos comenzaron las transformaciones que les permitirían aspirar a un nivel de vida más alto en algún momento del período 1850-1870. Sus experiencias de cambio fueron profundas y no exentas de conflicto, pues las transformaciones de los procesos productivos y tecnológicos asociaron las del sistema de tenencia de la tierra y del manejo del poder político, con las necesarias repercusiones sociales. Como resultado de lo anterior, a comienzos del siglo XX ya figuraban entre las naciones más avanzadas económicamente.

El caso de Japón combinó, a partir de 1868, la transformación económica con la sociopolítica. Conforme a aquélla, los señores feudales se sometieron a la autoridad del Estado que implementó un amplio proceso de reforma institucional, administrativa y económica, de acuerdo con el modelo occidental, sin que en su implementación estuviese ausente el uso de una importante cuota de fuerza. Junto a los cambios político-administrativos, se puso en marcha un acelerado proceso de liberalización económica que, entre otras variables, incluyó el fin de las estructuras y relaciones feudales y el establecimiento de la propiedad privada de la tierra, la que desde entonces pudo ser transada con más libertad. Es más, una reforma agraria implementada en 1873 otorgó títulos definitivos a los nuevos propietarios y a los ocupantes consuetudinarios, liberó de impuestos y trabas institucionales la transferencia de la tierra e impuso una política tributaria moderada que gravaba el valor de los predios. Se estima que la agricultura japonesa creció a una tasa anual de 2% entre 1874 y

²¹ Lewis, *Growth...*, *op. cit.*, pp. 123-124.

²² Véase capítulo “Tradicición y modernidad en la minería”.

1913 como resultado de un uso más racional del recurso tierra, el mejoramiento de las semillas, el incremento en el uso de fertilizantes y maquinaria, importantes innovaciones técnicas y significativas inversiones en capital físico. Por otra parte, sobre la base del aumento de la productividad agrícola –que aportó el grueso del ingreso público, generó la mayor parte del ahorro y de las divisas (a través de las exportaciones de arroz, seda y té), y mediante su capacidad para alimentar a la población a precios razonables– el Estado desarrolló un activo programa de dotación de infraestructura física, de medios de transporte modernos y una política de industrialización sostenida tanto por medidas de política económica, como por la creación de instituciones destinadas a generar nuevas oportunidades para el aumento de la productividad, la especialización y la creación de empresas productivas. De tal forma, entre 1879 y 1913, el PIB real creció al 2,7% anual; el valor FOB de las exportaciones se multiplicó catorce veces, mientras que la producción industrial aumentó en 88%²³. En la víspera de la Primera Guerra Mundial, Japón ya se contaba entre los veinte países de mayor desarrollo económico.

A partir de la década de 1870, Suecia inició una fase de sostenido crecimiento económico y de desarrollo industrial, en la cual los cambios en el empleo de sus recursos primarios fueron fundamentales y en el que el comercio exterior funcionó como el motor del crecimiento. Sin embargo, las bases de ese proceso habían sido establecidas con anterioridad. Hasta mediados del siglo XIX, Suecia era un país pobre, predominantemente agrícola –el 81% de la población económicamente activa laboraba en el campo–, con un pequeño sector exportador basado en la explotación del hierro y otros minerales. Pero en la década 1850 esa realidad comenzó a cambiar, especialmente en la agricultura. El factor fundamental fue la puesta en práctica de las leyes de subdivisión de la tierra, que databan de la década de 1830, y nuevas disposiciones relativas a cercados que permitieron la formación de unidades productivas más homogéneas, así como el inicio de cultivos más eficientes e intensivos. Ello requirió de considerables inversiones con su consiguiente efecto multiplicador, lo cual determinó que el sector se transformara en usuario intensivo de capital, produciéndose un cambio profundo en el mercado laboral, en la medida que los campesinos desplazados debieron transformarse en asalariados de una clase de nuevos agricultores, cada vez más prósperos o emigrar a los crecientes centros urbanos en búsqueda de empleo industrial. Junto con permitir a Suecia transformarse por tres décadas en exportador de cereales (avena para el mercado londinense) y madera, ese proceso incidió decisivamente en la

²³ W.J. MacPherson, *The Economic Development of Japan c. 1868-1941*, pp. 15-23, 53-70; Angus Maddison, *Economic Growth in Japan and the USSR*, pp. 9-34; G.C. Allen, *A, Short Economic History of Japan, 1867-1937*, pp. 46-52. Para los cambios agrarios, R.P. Dore, *La reforma agraria en el Japón*, pp. 19-37; W.W. Rostow, *The Stages of Economic Growth. A Non Communist Manifesto*, pp. 63-65.

creación de una demanda interna que contribuyó a dar origen a la producción de bienes de consumo y capital²⁴. Es más, si bien el desarrollo industrial hasta 1880 fue en mayor medida el resultado de una adecuada adaptación a la demanda en el mercado europeo, la transformación de la agricultura fue, incuestionablemente, uno de los factores más importantes en el crecimiento económico, el cual dependió no sólo de la capacidad industrial del país, sino en igual grado de la capacidad de transformación del sector agrícola. Como resultado de esos cambios, entre 1870 y 1914 Suecia pudo multiplicar su ingreso nacional 4,1 veces y su producción industrial en 6,9, y a fines del período ocupaba el décimo segundo lugar en el ranking mundial en términos del PIB²⁵.

En ambos casos, la transformación sociopolítica en general y la del agro en particular, fueron vitales para la creación de un mercado interno, para el desarrollo sostenido de las exportaciones y la industrialización. Y no fue sólo el caso de esos países; muchos otros ejemplos podrían ser citados²⁶. Aun en el caso de aquellos que hacia la década de 1850 ya habían alcanzado un grado apreciable de crecimiento y diversificación económica, el desentramamiento de algunos obstáculos para el desarrollo requirió de cambios sociopolíticos profundos, en algunos casos cismáticos, que liberaron factores de producción vitales. En este sentido, se podría argumentar que ese fue, hasta cierto punto también, el caso de los Estados Unidos.

En efecto, hacia los años 1850 la economía de ese país había alcanzado una tasa de crecimiento anual significativa y el desarrollo industrial, especialmente en el noreste, comenzaba a adquirir rasgos distintivos²⁷. Sin embargo, la supervivencia en el sur de la economía esclavista de plantación constituía un obstáculo para el pleno desarrollo de los mercados de bienes, de la tierra y laboral, la inmigración y, en cierta medida, de la modernización misma. En importante medida, el estallido de la Guerra Civil obedeció al intento por resolver definitivamente esa situación, al punto que ese conflicto ha sido descrito como aquel que “destruyó los derechos de propiedad individual de una manera que no tiene paralelo (descontando el caso del comunismo moderno) en la historia del mundo occidental”²⁸. Sólo después de concluido el conflicto, y una vez que el bando triunfante impuso sus políticas con toda la fuerza derivada de su victoria, el país se consolidó en un vasto Estado-nación, liberal

²⁴ Bo Sodersten, “Cien años de desarrollo económico sueco (1870-1970)”, pp. 29-52; Lennart Jorberg, “Structural Change and Economic Growth in Nineteenth Century Sweden”, pp. 62-63.

²⁵ Jorberg, *op. cit.*, pp. 103-106; Angus Maddison, *Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas. Una visión comparada a largo plazo*, apéndice A, Cuadro A-2.

²⁶ Desde el punto de vista teórico, aún sigue siendo importante el estudio de Vladimir I. Lenin, *The Development of Capitalism in Russia. The Process of the Formation of a Home Market for Large-Scale Industry*, vol. III, pp. 37-39.

²⁷ Stuart Bruchey, *Growth of the Modern American Economy*, pp. 39-71.

²⁸ R.R. Palmer & Joel Colton, *A History of the Modern World*, pp. 572-574.

y democrático con relación a su ideología política, y comprometido con entusiasmo con la empresa privada en su sistema económico, sustentado éste en la demanda masiva de un mercado urbano nacional creado por los ferrocarriles y sostenido por un creciente ingreso *per capita*. Es por ello que se afirma “que Estados Unidos moderno emergió en algún momento entre 1865 y la Primera Guerra Mundial”²⁹.

El que América Latina, y en particular Chile, no hayan logrado alcanzar niveles de desarrollo que los situaran a la altura de sus socios comerciales decimonónicos es, obviamente, un problema que trasciende el ámbito académico. Los graves problemas de inestabilidad social y política, los niveles de pobreza que empujan a la miseria y a la desesperanza a millones de personas, los fuertes grados de alienación y serios déficits en términos de oportunidades educacionales, de salud, de desarrollo cultural, científico y tecnológico actuales son, en importante medida, resultado del fracaso de más de un siglo y medio en el manejo de la economía.

Por muchas décadas, los historiadores contribuyeron a la búsqueda de explicaciones para dicho fracaso y, a pesar de que en los últimos cuarenta años entregaron la iniciativa en este sentido a economistas y sociólogos, el aporte de la historiografía fue importante.

Cuando a comienzos del siglo xx ya eran evidentes en Chile las señales de estancamiento, diversos historiadores se adentraron, sin complejos, en el estudio de este problema. Al privilegiar una opción analítica –el estudio de la política económica–, se prefiguró por muchos años el contenido de las explicaciones. Sólo desde la década de 1940, en gran medida como resultado de la difusión del llamado “pensamiento de la CEPAL”, se desplazó el eje analítico. Desde entonces, y a lo largo de unos veinte años, los estudios estuvieron centrados en los términos de las relaciones externas y sus repercusiones sobre las posibilidades de acumulación interna. Cuando a mediados de la década de 1950 el modelo de desarrollo impulsado por la CEPAL entró en crisis, y sus postulados comenzaron a ser sometidos a fuertes y profundas críticas desde diversas direcciones, y llegaron a Chile los postulados de las tendencias que revisaban las tesis del marxismo “vulgar”, recién entonces la mirada de algunos historiadores comenzó a centrarse sobre el modo de producción vigente en los siglos xviii y xix³⁰. Pero entonces ya era muy tarde, los economistas se adentraban en el análisis del pasado con un potente instrumental metodológico que hizo detenerse a los historiadores; por otra parte, la fuerza de los acontecimientos sociales y políticos fue de una violencia tal, que terminó por cerrar el escenario para ese debate.

²⁹ Palmer & Joel Colton, *op. cit.*; Bruchey, *op. cit.*, p. 85. La cita es de Richard D. Brown, *The Transformation of American Life, 1600-1865*, p. 3.

³⁰ Gabriel Salazar, “El movimiento teórico sobre desarrollo y dependencia en Chile, 1950-1970”, sección 1.

Tan importante ha sido el papel de los economistas en relación a este tema, que el libro más influyente del siglo XX es el que terminó por convencer a generaciones de chilenos que la historia económica del país era la de “un caso de desarrollo frustrado”³¹. De especial importancia en este sentido resulta el prólogo a la edición de 1973 de esa obra, en el que Aníbal Pinto señaló que si algo debiese añadirse, eran consideraciones acerca del efecto diversificador del “crecimiento hacia afuera”. En este libro se persigue abundar sobre ello y, a la vez, aportar algunos elementos nuevos acerca del porqué de la frustración.

De acuerdo con el epígrafe que antecede a esta Introducción, me parece que a pesar de la extensión y profundidad del crecimiento liderado por las exportaciones, las posibilidades de desarrollo económico del país entre 1850 y 1875 fueron escasas y estuvieron bloqueadas por algunas características básicas de los sectores productivos. Fueron la solidez y estructura interior del modo de producción vigente –en que las unidades económicas pudieron existir por siglos sin experimentar modificaciones, ya sea en sus características de funcionamiento o tamaño³²–, las que determinaron el rumbo, intensidad y desenlace del crecimiento económico. En otras palabras, el resultado estructural de la coyuntura no dependió de la vitalidad del comercio exterior, sino de las características del régimen de producción vigente y, desde el punto de vista social, de la ausencia de un proyecto político y de un elenco social capaz de dar los pasos necesarios para su desmantelamiento.

Entre 1850 y 1875 se registró en Chile una expansión económica notable. Pero a renglón seguido, la segunda mitad de la década de 1870 registró la recesión más profunda y prolongada de su historia como país independiente.

El período expansivo redundó en el crecimiento de la producción y de la productividad en algunos sectores de la economía; en cierto grado de diversificación productiva; en el desarrollo de la infraestructura de transportes y comunicaciones, en la creación del sistema bancario, en una importante expansión comercial y en una fuerte expansión del gasto público. Sin embargo, ello también, a la larga, reforzó los sectores productivos tradicionales y no derivó en desarrollo, si por éste se entiende la creación de un mercado interno dinámico sustentado en un ingreso por habitante de crecimiento constante, introducción de bienes nuevos, de nuevos métodos de producción, la división del trabajo extendida tanto en términos de sectores y unidades productivas, innovación constante y mejoramiento general del nivel y condiciones de vida de la población³³.

Durante esos veinticinco años, los logros chilenos fueron, aun en términos internacionales, significativos. A manera de ejemplo, hacia 1870 el país poseía una dotación mayor de vías férreas, locomotoras y extensión de líneas telegrá-

³¹ Aníbal Pinto Santa Cruz, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, prefacio.

³² Lenin, *op. cit.*, pp. 66-67.

³³ Joseph A. Schumpeter, *The Theory of Economic Development*, *passim*.

ficas que la de Japón y ligeramente menor que Suecia, tanto en términos absolutos como por cada mil habitantes. Con relación a motores a vapor y HP, la relación era la misma que respecto de los tres factores anteriores, pero la brecha con Suecia era menor. En cuanto al valor absoluto de las exportaciones, el de Chile estaba por sobre el de Japón y al mismo nivel que el de Suecia³⁴. No está de más precisar las diferencias actuales: según el Banco Mundial, en 1990 el PIB *per capita* de Suecia era 12,2 veces y el de Japón 13,1 veces mayor que el de Chile³⁵.

La pregunta acerca del porqué de las trayectorias tan divergentes es inevitable y válida, así como son variadas las respuestas. Una de éstas pasa por el tratamiento de uno de los temas de este libro, la crisis internacional de la segunda mitad de la década de 1870 y las diversas soluciones a la misma. Como ya se ha señalado, ella fue de una profundidad y extensión sin precedentes para el país: en cuatro años el valor de las exportaciones cayó en un cuarto, lo cual hizo necesarias fuertes remesas de moneda metálica al exterior para saldar los déficits de la balanza comercial. A lo anterior, siguió la crisis de la balanza de pagos que derivó en la suspensión de la amortización de la deuda externa, la reducción de la oferta de dinero y la “inconvertibilidad” de los billetes de banco. Junto a ello, se registró un deterioro en la capacidad administrativa del Estado, con un serio resquebrajamiento de la seguridad ciudadana y una crisis política de vastas proporciones.

Las causas profundas de esa depresión internacional radican tanto en la fase descendente del ciclo como en la irrupción en el mercado internacional de nuevos y más eficientes productores de materias primas y alimentos. En el caso particular de Chile, la mayor oferta de cobre y trigo desató la “caída libre” de sus precios. Ello reveló la debilidad de las bases del crecimiento registrado hasta entonces y eliminó la oferta nacional de esos productos en el mercado internacional. Sólo una vez “adquirida” la región salitrera, se restableció el nexo comercial externo y el crecimiento. En otras palabras, la respuesta se dio en los marcos tradicionales.

Las explicaciones para trayectorias tan disímiles pasan por la naturaleza de la reacción frente a los cambios en los mercados externos. En Japón y Suecia también el impacto de la crisis fue amplio y profundo, pero en ambos casos ya estaban en marcha procesos de diversificación productiva, encabezados por la industrialización, los que fueron intensificados. Ello les permitió sortear el fenómeno depresivo en forma más holgada. En Japón, fue en la década de 1870 que el Estado acometió la creación de industrias productoras de bienes de consumo y de capital, y aceleró las explotaciones mineras, privatizadas en los años 1880 y 1890, dando así origen a algunos de los “zaibatsus”.

³⁴ Con datos de W.S & E.S Woytinsky, *World Population and Production y World Commerce and Government*.

³⁵ World Bank, *World Development Report 1992*, table 1, pp. 219-219.

En Suecia, en los años 1870 se inició la elaboración de productos primarios con potencial exportable, especialmente del hierro y la madera, y se dio impulso a las industrias de ingeniería. En ese mismo período, ambos países iniciaron amplios planes de educación tecnológica, como parte de su estrategia de crecimiento económico³⁶.

¿Por qué fueron tan dispares las respuestas? Ya está dicho que tanto Japón como Suecia completaron procesos de reformas sociales, políticas y económicas en el cuarto de siglo 1850-1875. En Chile no sucedió nada comparable; por el contrario, si algo ocurrió en esos planos fue un ajuste del proyecto oligárquico implementado desde 1830 sobre la base de los arreglos sociales y económicos restrictivos. La vigencia de aquel proyecto pasaba por la adecuación de las bases sociales y materiales del poder a las nuevas circunstancias, mas no por su alteración. El resultado fue la mantención e incluso el refuerzo de prácticas productivas y laborales arcaicas, incompatibles con la “modernización” o el desarrollo capitalista pleno. En ese sentido, el éxito político temprano se convirtió en un factor de atraso. Es más, se puede postular hipotéticamente, que para entonces el arreglo político de la década de 1830 se había convertido en un obstáculo para el desarrollo.

¿Por qué se dio esa situación? La respuesta en este sentido escapa al ámbito de lo meramente económico. Es aquí donde radica la dificultad analítica desde el punto de vista económico, pues, en este caso, como en muchos otros, las limitantes al desarrollo económico incluyen factores que están más allá del campo de su manejo conceptual y metodológico³⁷. Según Norman S. Buchanan y Howard S. Ellis, “los problemas realmente fundamentales del desarrollo son no-económicos”³⁸. Por ese camino, la historia económica pasa a ser lo que siempre debe ser: historia social³⁹.

En esa dimensión un factor aparece como vital en la explicación del atraso económico: la estructura social y el problema del poder. Ambos estaban fuertemente ligados al sistema de tenencia de la tierra y a los sistemas de control de la fuerza de trabajo correspondientes. El grupo social dominante, la elite, no fue un grupo compuesto exclusivamente por terratenientes, pero la propiedad de la tierra fue una de las claves del poder. El latifundio, en sus cambiantes formas, no fue exclusivamente un camino para la formación de

³⁶ “La fábrica de cemento Fukugawa fue vendida a los Asanos, el astillero Nagasaki a los Mitsubishis, al igual que las minas Sado, Ikuno y Takashima; el astillero Hyogo fue vendido a los Kawasakis, la fábrica de seda Tomioko y las minas de carbón Miike a los Mitsuis, las minas de cobre Ani y Annai a los Furukawas, etc.”; Maddison, *Economic... op. cit.*, p. 23; n. 2; Sodersten, *op. cit.*, pp. 32-34; entre las últimas se destaca Motala-Verkstad.

³⁷ Una excepción en el caso de Chile es la obra de Oscar Muñoz, especialmente *Chile y su industrialización. Pasado, crisis y opciones*, *passim*.

³⁸ Cfr. *Approaches to Economic Development*, p. 406. Véase también T.C. Cochran, “An Historical Approach to Economic Development”, pp. 9-16.

³⁹ Enrique Florescano, *La historia económica en América Latina*, vol. 1, p. 201.

fortunas, por lo menos hasta el auge exportador que se inició en 1850. Su importancia en ese sentido fue limitada. Sí fue, desde el período hispánico, por sobre todo, un símbolo de estatus, control social y un camino decisivo de acceso a otros ámbitos del quehacer económico, al poder político⁴⁰. De allí que una alteración del agro –como la emprendida en los países de desarrollo capitalista exitoso– no fuese sólo una materia de decisión puramente económica, sino que además afectara los fundamentos del orden social y político estructurado en las décadas de 1830 y 1840.

Si la mantención de las estructuras tradicionales implicaba permanecer en la condición de exportador de productos primarios con escaso valor agregado, ese era un precio aceptable, aunque significara hacer a un lado un componente fundamental de la modernidad capitalista: el desarrollo de los mercados de factores. Pero la decisión de la oligarquía chilena de mantener las bases del sistema económico colonial y de reorganizarlo para mantener sus vínculos con la economía europea fue entendible y, dadas las características del orden económico internacional, realista. De otra parte, ello se adecuaba perfectamente con su interés económico el que, naturalmente, se igualaba con el del país. Esa era la forma de acumular riqueza de la manera más rápida y con menor riesgo posible y, de otra parte, contribuir a reforzar y mantener la estabilidad social y política.

Para que el sistema funcionara, fue necesario introducir adecuaciones, adelantos técnicos, un discurso legitimador de cargado tinte liberal y generar un Estado dirigista que hacia las décadas de 1850 y 1860 comenzó a hacerse cada vez más autónomo del grupo que lo estructuró⁴¹.

El resultado, en cuanto a la formación económica y social fue un híbrido, aun cuando abrió el camino a una larga transición al capitalismo. El problema radicó en que la velocidad de la transición fue escasa en la medida en que los nexos externos, si bien estimularon la producción para el mercado –y por lo tanto algún grado de cambio–, al derivarse la ganancia de la esfera del intercambio en la forma de una renta, no existió la necesidad, como la hubo en aquellos países que sí emprendieron reformas radicales de sus sistemas productivos, de revolucionar las fuerzas productivas. En algún sentido, con anterioridad a la Guerra del Pacífico se estructuró, en las palabras de W.A. Lewis, una “economía dual”, con dos sectores diferentes, divididos por dos culturas con diferentes leyes de desenvolvimiento, diferentes tecnologías, diferentes modelos de demanda y así sucesivamente, pero con interacción entre ellos. De una parte, existía un sector rural en el que todavía la economía era de subsistencia, con bajas rentas, con población excedente y con una productividad

⁴⁰ Mario Góngora, *Encomenderos y estancieros. Estudios acerca de la constitución de la sociedad aristocrática de Chile después de la conquista, 1580-1660*, p. 231 *et seq.*

⁴¹ Alfredo Jocelyn-Holt, “La crisis de 1891: civilización moderna versus modernidad desenfrenada”, pp. 28-29 y Albert, *South America... op. cit.*, pp. 7-12.

marginal del trabajo nula o muy baja. De otra, un sector urbano capitalista, en vías de desarrollo, con salarios que se mantenían bajos por la presión del exceso de población rural⁴².

Así, si bien se observan algunos cambios en la estructura socioeconómica desde fines de la década de 1840, la modernización chilena, a pesar de alguna apariencia de éxito, fue débil en su esencia. Y ello fue así pues la élite vinculada a la tierra asumió, y mantuvo hasta entrado el siglo xx, el control del proceso económico tanto en su dimensión productiva como en cuanto a su manejo a través de la política económica. Esto significó que, a pesar de que se requirieron e implementaron cambios sociales y técnicos para facilitar el desarrollo del sector exportador, al consistir este, básicamente, en la adaptación de la producción de bienes primarios con escaso grado de elaboración para el mercado externo, la necesidad de transformar las estructuras productivas heredadas del coloniaje fue mínima. Los cambios requeridos demandaron innovaciones menores y, por lo tanto, la modernización productiva –que también es un fenómeno social– fue limitada y lenta.

Ya fuese debido al bajo costo de la fuerza de trabajo –resultado fundamental, aunque no exclusivo, de la retribución no monetaria de gran parte de ella– o a ventajas comparativas de variada naturaleza, la necesidad de incrementar la productividad del trabajo mediante la constante transformación de los medios de producción –uno de los rasgos más distintivos del capitalismo en los países del “centro”– no fue de ninguna manera una necesidad apremiante para el sector exportador, el “motor” del sistema económico.

En ese contexto, y a pesar de algunas oportunidades de mercado reales y potenciales para productos industriales, la producción fabril tuvo un limitado espacio para desarrollarse. Los factores decisivos en esa crucial “frustración” fueron dos: en primer lugar, la ausencia de un fenómeno social con protagonistas perfectamente reconocibles que forman clases o conjuntos homogéneos de empresarios y trabajadores, un grupo dispuesto a intentar la aventura de la industrialización o de cualquier otra actividad en la producción para el mercado, con manifestaciones sociales y políticas fuertes y duraderas⁴³. Como se puede apreciar en los capítulos “Tradición y modernidad en la minería” y “La industria manufacturera”, el desarrollo productivo, si bien existió, fue acotado; en tanto las expresiones sociales se manifestaron sólo de manera efímera. En segundo lugar, y derivado de lo anterior, eran necesarios un marco político-institucional y un proyecto político adecuado, pues la industrialización requería de la actividad del sector público en diversos planos: política económica (no sólo la comercial), legislación moderna en el ámbito de la organización de empresas y la abolición de las restricciones al libre movimiento de la fuerza de trabajo. En otras palabras, era necesario avanzar por el camino de la

⁴² “Economic Development with Unlimited Supply of Labour”.

⁴³ Jordi Maluquer, “El ascenso de la burguesía industrial: el caso catalán”, pp. 181-201.

constitución de mercados de factores. Pero esto era intrínsecamente hostil para quienes controlaban el Estado; decisiones de esa naturaleza eran una amenaza para su poder político y su provisión de su fuerza de trabajo⁴⁴. En el capítulo “La economía política de la política económica” quedan de manifiesto los contenidos y alcances de las instituciones y la política económica.

Ni siquiera una emergencia, como la de la crisis fiscal de la segunda mitad de la década de 1870, persuadió a los dueños del poder a considerar la posibilidad de modificar las bases del sistema. Cuando por primera vez el Congreso Nacional fue convocado a discutir la idea de establecer un modesto impuesto a la renta y otro a las herencias; cuya recaudación permitiría, entre otras cosas, continuar con la modernización de la infraestructura, se oyeron en sus salones y pasillos los ecos de la máxima de un elocuente tribuno que diez años antes había alzado su voz para declarar: “Felices los pueblos que pueden marchar con pocas contribuciones. Para mi país deseo que la industria y la riqueza prosperen sin esos gravosos impuestos, aunque para ello sea preciso que no parezca tan civilizado como otros que si los pagan”⁴⁵.

Pero aun con esas limitaciones, el sistema fue funcional para la oligarquía pues, a pesar del creciente debate y pugna socioeconómica y política –que derivó, por ejemplo, en los episodios insurreccionales de 1851 y 1859 y en los intensos debates económicos en la década de 1870–, ella no perdió el control del poder sino hasta muchas décadas más tarde. Y así, la “economía de antiguo régimen” o preindustrial, es decir, aquella con una economía caracterizada por una agricultura dominada por el problema de las subsistencias, y sin medios de circulación baratos para distribuir la producción y especializar los cultivos, con la subordinación correlativa de una producción manufacturera a las materias primas y salidas abiertas o cerradas según las cosechas sean buenas o malas, y dominada por ciertos sectores artesanales con predominio del sector de bienes de consumo, mantuvo su vigencia⁴⁶. Fue esa economía la que, según Fernand Braudel, tuvo como rasgo primordial la coexistencia de las rigideces, inercias y torpezas de una economía aún elemental, con los movimientos limitados y minoritarios, aunque vivos y poderosos, de un crecimiento moderno con los campesinos en sus pueblos, que viven de forma casi autónoma, prácticamente autárquica. Al contrario, en una economía de mercado y un capitalismo en expansión que se extienden como una mancha de aceite, “se van forjando poco a poco y prefiguran ya este mundo en que vivimos... dos universos, dos géneros de vida que son ajenos uno al otro, y cuyas masas respectivas encuentran su explicación”. Sin embargo, fue la otra⁴⁷, la que perfiló los principales rasgos del sistema económico chileno en aquel crucial

⁴⁴ Lewis, *Growth...*, pp. 166-167.

⁴⁵ Diputado Vicente Sanfuentes, CD. SO., 8 de junio de 1868.

⁴⁶ Ernest Labrousse *et al.*, *Las estructuras y los hombres*, pp. 95-96.

⁴⁷ *La dinámica del capitalismo*, pp. 11-12. En la p. 21 Braudel afirma: “Y sin intercambios, no hay sociedad”.

período, confirmando, y aún reforzando en algunos sectores, su matriz colonial. Si hubo frustración del desarrollo, ello no fue nada más ni nada menos que el resultado de la vitalidad social y económica y de la decisión de la élite de continuar basando el funcionamiento de su economía sobre esos supuestos.

Si ello implicaba no desarrollar el mercado, para ese grupo ello era algo plausible. Y en esa decisión no estuvo solo. La cuestión de la ampliación del mercado interno ha sido un tema central en las discusiones acerca de las condiciones para el despegue industrial. Luigi Spaventa, aun aceptando la validez de algunas de las críticas formuladas a los análisis de Antonio Gramsci, sostiene la importancia fundamental que la estrechez del mercado interno, como consecuencia de la no realización de una “revolución agraria”, tuvo en cuanto al fracaso del despegue industrial del sur de Italia. La importancia que la ampliación del mercado interno tiene como garantía en el éxito de un programa de industrialización es una cuestión de significado político fundamental, pues permite establecer una condición imprescindible para la superación del subdesarrollo: la transformación de la estructura de clase de la sociedad atrasada⁴⁸.

De allí que, desde el punto de vista del desarrollo, el problema era mayor: el atraso tiene sus raíces en esa estructura dual, en la que el sector atrasado y los avanzados que emergen no coexisten, sino que son interdependientes. El sector avanzado no puede poner término al atraso de la economía global, pues no arrastra al otro sector, sino que perpetúa y profundiza su subdesarrollo⁴⁹.

Pero como en la vida todo gira en torno al poder, acerca de su conquista y mantención, bien valía ser moderno sólo en apariencia y discurso, aunque fuese al costo de continuar siendo atrasado en las cuestiones mundanas de la producción y el trabajo. Es que, mayoritariamente, la élite ya era débil frente a la seducción de las apariencias: ya fuese de los apellidos, del dinero o de los objetos suntuarios.

⁴⁸ “Teoría económica del desarrollo e historia económica”, pp. 119-146.

⁴⁹ Witold Kula, “Los estudios sobre la formación del capitalismo”, pp. 163-183.